

buscaban sus servicios con tanto afán? si tan mal conducian los negocios, ¿cómo es que los principales iban á parar á sus manos? Adversarios tan torpes, ó tan infortunados, no debian por cierto levantar la polvareda que ellos levantaron en el campo enemigo.

“Perdieron en Inglaterra á los reyes, dice Mr. Guizot, y en España al pueblo”; nada mas fácil que esas atrevidas plumadas, que en brevísimo rasgo encierran una grande historia, y que haciendo pasar á los ojos del lector y con la velocidad del rayo, una infinidad de hechos agrupados y confundidos, no le dejan tiempo siquiera para mirarlos, y mucho menos para deslindarlos, como seria menester. Mr. Guizot debiera haber gastado algunas cláusulas para probar su asercion, indicándonos los hechos y apuntando las razones en que se apoya, para afirmar que la influencia de los jesuitas haya sido tan funesta. Por lo tocante á la pérdida de los reyes de Inglaterra, es imposible internarse en un exámen de las revoluciones religiosas y políticas que agitaron y desolaron aquel pais, durante dos siglos despues del cisma de Enrique VIII: esas revoluciones en la inmensidad de su órbita se presentan con fases muy diferentes, que desfiguradas además y adulteradas por los protestantes, quienes tenian en su favor un argumento, que si no es convincente á lo menos es decisivo, el triunfo, han dado ocasion á que algunos incautos hayan creido que los desastres de Inglaterra fueron debidos en buena parte á la imprudencia de los católicos; y como corolario indispensable, á las pretendidas intrigas de la Compañía de Jesus. Como quiera, el movimiento católico desplegado en Inglaterra de medio siglo á esta parte, y los grandes trabajos que se están haciendo en vindicacion del Catolicismo, van disipando las calumnias con que se le habia afeado; bien pronto la historia de los últimos tres siglos quedará refundida cual conviene, y la verdad ocupará el puesto que le corresponde. Esta reflexion me excusa de entrar en pormenores sobre el hecho afirmado por Mr. Guizot, pero no me es dado dejar sin contestacion lo que tan gratuitamente establece con respecto á España.

Afirma el citado publicista que los jesuitas perdieron en España al pueblo; yo hubiera deseado que Mr. Guizot nos dijera, á qué perdicion del pueblo refiere sus palabras, á qué época alude; pues recorriendo nuestra historia, no acierto á descubrir cuál es la perdicion que los jesuitas acarrearón al pueblo; no adivino

dónde se fijaba la mirada de Mr. Guizot, cuando esto decia. El contraste de España con Inglaterra, y de pueblos con reyes, induce á sospechar que Mr. Guizot quiso aludir á la pérdida de la libertad política; no parece que haya otra interpretacion mas fundada y mas razonable; pero entonces se hace recio de creer, que un hombre tan aventajado en esta clase de estudios, y que precisamente se estaba ocupando en hacer un curso de la historia general de la civilizacion europea, cayese en un error tan grave, padeciendo un imperdonable anacronismo. En efecto: sea cual fuere el juicio de los publicistas sobre las causas que acarrearón la pérdida de la libertad política en España, y sobre los graves acontecimientos del tiempo de los Reyes Católicos, de Felipe el Hermoso, de Doña Juana la Loca, y de la regencia de Cisneros, todos están conformes en que la guerra de las comunidades fué el suceso crítico, decisivo para la libertad política de España; todos están de acuerdo, en que á la sazón se hizo un esfuerzo por ambas partes, y que la batalla de Villalar y el suplicio de Padilla afirmaron y engrandecieron el poder real, disipando las esperanzas de los amantes de las libertades antiguas. Pues bien, la batalla de Villalar se dió en 1521: á esta fecha los jesuitas no existian aun, y San Ignacio su fundador, no era mas todavía que un gallardo caballero que peleaba como un héroe en los muros de Pamplona. Esto no tiene réplica: toda la filosofía y toda la elocuencia no bastan á borrar las fechas.

Durante el siglo décimo sexto, anduvieron reuniéndose las Cortes con mas ó menos frecuencia, con mas ó menos influjo, sobre todo en la corona de Aragon; pero es mas claro que la luz del dia, que el poder real lo avasallaba ya todo, que nada era capaz de resistirle, y la desgraciada tentativa de los aragoneses cuando el negocio de D. Antonio Perez, es buen indicio de que no se conservaban mas vestigios de la libertad antigua, sino los que no se oponian á la voluntad de los reyes. Algunos años despues de la guerra de las comunidades, Carlos V dió el último golpe á las Cortes de Castilla excluyendo de ellas el clero y la nobleza, dejando tan solo el estamento de procuradores: débil reparo contra las exigencias, y hasta las meras insinuaciones de un monarca, en cuyos dominios no se ponía el Sol. Dicha exclusion se verificó en 1538; en aquella época san Ignacio estaba ocupado en la fundacion de su instituto, los jesuitas en nada pudieron influir.

Todavía mas : despues de establecidos los jesuitas en España, nunca ejercieron su influencia contra la libertad del pueblo. En sus cátedras no se enseñaron doctrinas favorables al despotismo; si mostraron sus deberes al pueblo, tambien se los recordaron á los reyes; si querian que los derechos del monarca fuesen respetados, tampoco sufrían que se pisasen los del pueblo. En confirmacion de esta verdad, apelo al testimonio de los que hayan leído los escritos de los jesuitas de aquella época sobre materias de derecho público.

“Los jesuitas, prosigue Mr. Guizot, fueron llamados á luchar contra el curso general de los sucesos, contra el desarrollo de la civilizacion moderna, contra la libertad del espíritu humano.” Si el curso general de los sucesos no es mas que el curso general del Protestantismo, si el desarrollo de este es el desarrollo de la civilizacion moderna, si la libertad del espíritu humano no consiste en otra cosa que en el funesto orgullo y en la desatentada independencía que le comunicaron los pretendidos reformadores, entonces es mucha verdad lo que afirma Mr. Guizot; pero si algo ha de pesar en la historia de Europa la conservacion del Catolicismo, si algo ha de valer su influencia en los últimos tres siglos, si los reinados de Carlos V, de Felipe II, y de Luis XIV no se han de borrar de la historia moderna, si se ha de tener en cuenta ese inmenso contrapeso que sostenia el equilibrio de las dos religiones, si puede figurar dignamente en el cuadro de la civilizacion moderna la religion que profesaron Descartes, Malebranche, Bossuet y Fenelon, entonces no se atina como los jesuitas defendiendo intrépidamente el Catolicismo, pudieron luchar contra el curso general de los sucesos, contra el desarrollo de la civilizacion moderna, contra la libertad del espíritu humano.

Dado el primer paso en tan falso terreno, continúa Mr. Guizot resbalando de una manera lastimosa. Llamo muy particularmente la atencion de los lectores sobre las contradicciones patentes que van á oír. “No se ve, dice, en sus planes ningun brillo, no se descubre en sus obras ningun grandor;” el publicista olvida completamente lo que acaba de asentar, ó mejor diremos lo retracta sin rodeos, cuando á pocas líneas de distancia añade: “y sin embargo nada hay mas cierto, ellos han tenido grandor, el grandor de una idea, que va unida á su nombre, á su influencia, á su historia. Los jesuitas sabian

lo que hacian y lo que querian, tenían un conocimiento pleno y claro de los principios en que estribaban y del objeto á que se dirigian : en una palabra, tuvieron el grandor del pensamiento, y el grandor de la voluntad.” Preguntaremos á Mr. Guizot, ¿cómo es posible que no haya brillo en los planes, ni grandor en las obras, cuando hay grandor de idea, grandor de pensamiento, grandor de voluntad: el genio en sus mas grandes empresas, en la realizacion de los mas gigantescos proyectos, ¿qué pone mas de su parte, sino un pensamiento grande, y una voluntad grande? El entendimiento concibe, la voluntad ejecuta; aquel forma el modelo, esta le aplica; con grandor en el modelo, con grandor en la ejecucion, ¿puede faltar grandor á la obra?

Continuando Mr. Guizot su tarea de rebajar á los jesuitas, forma un paralelo entre ellos y los protestantes, confundiendo de tal manera las ideas, y olvidándose hasta tal punto de la naturaleza de las cosas, que se haria muy difícil creerlo si no lo atestiguaran de un modo indudable sus palabras. No advirtiendo que los términos de una comparacion no deben ser de géneros totalmente distintos, pues en tal caso no hay medio de compararlos, pone en parangon un instituto religioso con naciones enteras; y hasta achaca á los jesuitas el que no levantaran en masa los pueblos, que no cambiasen la condicion y forma de los estados. He aquí el pasaje á que se alude: “Obraron los jesuitas por caminos subterráneos, oscuros, subalternos; por caminos nada propios para herir la imaginacion, ni granjearles ese interés público que inspiran las grandes cosas, sea cual fuere su principio y objeto. Al contrario, el partido con que lucharon los jesuitas, no solamente venció á sus enemigos, sino que triunfó con esplendor y gloria; hizo cosas grandes, y por medios igualmente grandes; levantó los pueblos, llenó la Europa de grandes hombres, mudó á la luz del dia la condicion y forma de los estados: todo, en una palabra, estaba contra los jesuitas, la fortuna y las apariencias.” Sea dicho con perdon de Mr. Guizot; pero es menester confesar, que para honor de su lógica seria deseable que pudieran borrarse de sus escritos semejantes cláusulas. ¿Pues qué? ¿debían los jesuitas poner en movimiento las naciones, levantar en masa los pueblos, cambiar la condicion y forma de los estados? ¿no habria sido bien extraña casta de religiosos, la que tales cosas hubiera hecho, ni aun imaginado? Se ha dicho de los jesuitas, que tenían

una ambicion desmedida , que pretendian dominar el mundo; ahora, poniéndolos en parangon con sus adversarios , se les echa en cara el que estos trastornaron el mundo , y se alega este mérito para deprimirlos á ellos. En verdad que los jesuitas no intentaron jamas imitar en este punto á sus enemigos; y en cuanto al espíritu de turbulencia y trastorno , ceden gustosos la palma, á quien de derecho corresponda.

Por lo que toca á los hombres grandes , si se habla de aquel grandor que cabe en las empresas de los ministros de un Dios de paz, tuvieron los jesuitas esas calidades en un grado superior á todo encarecimiento. Ora se tratase de los mas áduos negocios, ora de los mas colosales proyectos científicos y literarios, ora de viajes dilatados y peligrosos, ora de misiones que trajeran consigo los riesgos mas inminentes , nunca se quedaron atrás los jesuitas; antes al contrario , manifestaron un espíritu tan atrevido y emprendedor , que les granjeó el mas alto renombre. Si los hombres grandes de que nos habla Mr. Guizot, son los inquietos tribunos que acaudillando un pueblo sin freno perturbaban la tranquilidad pública; si eran los militares protestantes , que se distinguieron en las guerras de Alemania , de Francia y de Inglaterra; la comparacion carece de sentido , nada significa; pues que sacerdotes y guerreros , religiosos y tribunos , pertenecen á órden tan diferente, sus obras llevan un carácter tan diverso, que el parangon es imposible.

La justicia exigia , que tratándose de formar paralelos de esta naturaleza, no se tomasen los jesuitas por extremo de comparacion con los protestantes, á no ser que se hablase de los ministros reformados; y aun en este caso no hubiera sido del todo exacta, pues que en la gran contienda de las dos religiones, no se han encontrado solos los jesuitas en la defensa del Catolicismo. Grandes prelados , santos sacerdotes , sabios eminentes , escritores de primer órden, ha tenido la Iglesia durante los tres últimos siglos, que sin embargo no pertenecieron á la compañía ; esta fué uno de los principales atletas, pero no el único. Si se queria comparar el Protestantismo con el Catolicismo, á las naciones protestantes era menester oponerles las naciones católicas , con sacerdotes comparar otros sacerdotes, con sabios otros sabios, con políticos otros políticos , con guerreros otros guerreros ; lo contrario es confundir monstruosamente los nombres y las cosas , y contar

mas de lo que conviene con la poca inteligencia y extremada candidez de oyentes y lectores. A buen seguro , que siguiéndose el indicado método , no apareceria el Protestantismo tan brillante, tan superior, como pretendió mostrarle el publicista : ni en la pluma, ni en la espada, ni en la habilidad política, bien sabe Mr. Guizot que los católicos no ceden á los protestantes. Ahí está la historia , consultadla.

CAPITULO XLVII.

AL fijar la vista sobre el vasto é interesante cuadro que despliegan á nuestros ojos las comunidades religiosas, al recordar su origen, sus varias formas, sus vicisitudes de pobreza y de riquezas , de abatimiento y de prosperidad , de enfriamiento y de fervor, de relajacion y de austeras reformas ; al pensar en la influencia que bajo tantos aspectos han ejercido sobre la sociedad, hallándose esta en las situaciones mas diferentes ; al verlas subsistir todavía , retoñando acá y acullá , á pesar de todos los esfuerzos de sus enemigos, pregúntase uno naturalmente : y ahora ¿cuál será su porvenir? en unas partes se han disminuido , como va cayendo un muro sordamente minado por el tiempo, en otras desaparecieron en un instante, como arboleda arrasada por el soplo del huracan ; y además , á primera vista pudieran parecer condenadas sin apelacion por el espíritu del siglo. La entronizacion de la materia extendiendo por todas partes sus dominios, consintiendo apenas un instante de tiempo al espíritu para recogerse á meditar, y no dejando casi lugares en la tierra donde no llegue el estrépito del movimiento industrial y mercantil, diríase que viene á confirmar el fallo de la filosofia irreligiosa , contra una clase de hombres consagrados á la oracion , al silencio y á la soledad. Sin embargo los hechos van desmintiendo esas conjeturas; y mientras el corazon del cristiano conserva todavía halagüeñas esperanzas , que se van robusteciendo y avivando mas